

La teoría política no es un lujo: Una respuesta a “La teoría política como profesión” de Timothy Kaufman-Osborn*

Wendy Brown**

© 2010 University of Utah. Traducido al Español por Gabriel Delacoste y Emilia Calisto bajo autorización del editor original SAGE Publications Inc. en acuerdo entre SAGE Publications Inc. y Crítica Contemporánea.

Encuentro poco en lo que estar en desacuerdo con lo vertido por Timothy Kaufman-Osborn en “Political Theory as a Profession”. Sin dudas tiene razón en que las controversiales cartas de Penn State no son especialmente convincentes como argumentos en teoría política, y en que probablemente sea más apropiado analizarlas como armas de una batalla política. No fueron creadas para exponer la naturaleza, el alcance ni el valor de la teoría tal como los formularía un teórico, sino desplegadas como advertencias estratégicas hacia los no teóricos sobre las consecuencias de expulsarnos de su seno. Kaufman-Osborn también tiene razón en recordarnos que las categorías en las que organizamos el conocimiento son, como todas las categorías discursivas, historias comprimidas que, en el mejor de los casos, son poco adecuadas para el presente y, en el peor, formaciones políticas que se perpetúan desde un pobre pasado. Esto es cierto para las dos áreas de la ciencia política, así como para las subdivisiones de la teoría que muchos de nosotros resistimos, como la teoría política “histórica” y la “normativa”, distinción que deja lo “positivo” a los modelistas formales¹. El diagnóstico de Kaufman-Osborn sobre cómo la profesionalización de la teoría política ha envuelto sus búsquedas y sus valores también es inobjetable. Está también en lo correcto cuando dice que la teoría política no es un campo unificado ni coherente. De hecho, su metáfora del perro podría ser hasta demasiado amable. Sin importar su crianza, un perro callejero es un solo animal pobremente formado, tanto en su fisiología como en su personalidad. Lejos de ser un “nosotros” unificado e integrado al que sólo le hace falta un *pedegree* ilustre, la teoría política es un género (si es que llega a tanto) que acoge cuestiones polimorfos cuya identidad se construye sobre todo en relación a lo que no es. Somos menos un mestizaje disciplinar que un asilo para distintos marginales a la ciencia

*Brown, W. (2010). Political theory is not a luxury: A response to timothy kaufmanosborn’s “political theory as a profession”. *Political Research Quarterly*, 63 (3), 680-685. Copyright © (2010) by University of Utah. Reprinted by permission of SAGE Publications, Inc.

**University of California, Berkeley, Berkeley, CA, USA. Datos de correspondencia: Wendy Brown, University of California, Berkeley, Department of Political Science, 210 Barrows Hall, Berkeley, CA 94720-1950. Correo electrónico: wlbrown@berkeley.edu

¹Un estudiante de posgrado a mi cargo dijo una vez que los anuncios de “Seminarios en teoría política positiva” organizados por mi departamento incitaban su deseo de organizar un “Seminario de teoría política negativa”.

política empírica.

Aún sin mayores desacuerdos con las críticas de Kaufman-Osborn, sí me molesta el tono quejoso, frío y hasta mezquino del artículo, un tono que me hace desconfiar de su perspectiva sobre lo que hacemos y sobre si deberíamos defender la autonomía de la disciplina. Sin duda no es obligatorio que alguien que analiza el valor o el alcance de un emprendimiento se involucre profundamente con él, pero al preguntar “¿Por qué debería salvarse este campo de investigación?”, que es la pregunta de fondo que Kaufman-Osborn está planteando, ¿no deberían los sentidos compromisos afectivos ser relevantes? Una cosa es hacer la afirmación analítica de que las áreas de la ciencia política, más que meramente incoherentes, son disfuncionales y por lo tanto deben ser desmanteladas junto con las demás fronteras disciplinares que emergieron de la Guerra Fría y las historias coloniales e imperiales del siglo XX. Otra cosa es buscar la mejor manera de nutrir y proteger lo que se consideran campos de trabajo intelectual estimulantes o persuasivos, más allá de las lógicas y las historias que delimitan las fronteras y las actividades actuales del campo. Curiosamente, esta segunda perspectiva y el afecto que la pudiera animar están ausentes en el incuestionablemente listo análisis de Kaufman-Osborn, y me pregunto por qué ¿Qué habrá sido lo que enfrió, o suprimió, su ardor?

Si el cariño por lo que la teoría política es y hace es un gran ausente en el artículo de Kaufman-Osborn, el otro es la atención hacia los poderes discursivos que organizan el conocimiento y la vida intelectual actuales, poderes que generan una necesidad de proteger la autonomía de la teoría política que, en otras circunstancias, no requeriría o merecería. Kaufman-Osborn reconoce que la teoría política es una parte marginal de una disciplina donde los técnicos académicos intentan imitar cada vez más las jerarquías, estilos y fines de los mundos científico y empresarial. Pero una vez reconocido esto, entiendo que no asigna suficiente peso a los poderes que organizan y amenazan la existencia del tipo de investigaciones que los teóricos políticos pueden llevar a cabo, ni a las condiciones discursivas en las que la teoría política da cuenta de su valor ante la ciencia política. En lo que a esto respecta, a su análisis le falta algo de astucia política sobre las formas disponibles de proteger a lo marginal y lo subalterno. Su *crie de guerre final* –“Mestizos de la academia, uníos ¡No tenemos nada que perder salvo nuestras cadenas!”–, recuerda a las críticas por izquierda de las aspiraciones palestinas a un Estado, basándose en que los Estados son formaciones políticas reaccionarias y/o anacrónicas. Si fuera seguida, ¿la arenga de Kaufman-Osborn preservaría el valor de un campo de investigación que enfrenta severos constreñimientos, si no la extinción? ¿O es que una arenga de este tipo es algo así como una indulgencia teórica ligeramente fuera de tono con las realidades políticas y económicas que organizan el conocimiento hoy? Las preocupaciones íntimamente relacionadas sobre el cariño hacia la teoría política y su supervivencia son hacia las que apuntaré en lo que queda de este ensayo.

Incluso los teóricos políticos que dicen no sentir animosidad alguna hacia el campo de la ciencia política necesariamente llevan a cabo su trabajo enfrentándola. Esto no ocurre por indiferencia hacia la política real, sino que es consecuencia de que la teoría política se mueve en una órbita epistemológica inherentemente no científica. Para no malgastar tiempo, digámoslo directamente: incluso cuando no coloca a la “verdad”

entre comillas o signos de interrogación, la teoría política rechaza la reducción de la verdad de la vida política a descripciones neutrales, mediciones, modelos e hipótesis comprobables. Rechaza las aspiraciones al monopolio de la verdad del positivismo, el formalismo, el empirismo, y de la transparencia lingüística.

Es necesario ser claro en esto. Igual que la poesía o la antropología, la teoría política no rechaza a la ciencia como tal al suspender su condición de modelo exclusivo del saber. Más bien, la teoría política es la única avanzada no científica en un campo cada vez más científizado (en esto estoy en desacuerdo con la afirmación de Kaufman-Osborn de que “muy pocos todavía creen que la ciencia política podrá algún día adquirir la autoridad epistémica de una ciencia natural,” un desacuerdo que podría ser resuelto por una encuesta administrada por la American Political Science Association (Kaufman-Osborn 2010 - *insertar número de página*)². Está claro que en algunos casos la postura no científica surge de la creencia explícita de que la ciencia es siempre un paradigma inherentemente equivocado para entender el mundo del poder, la acción, las instituciones, los discursos y las ideas que la vida política abarca. En otros, deriva de esfuerzos por aprehender constelaciones particulares de los significados, las prácticas o los valores políticos, para lo que las herramientas de la ciencia son consideradas inapropiadas o insuficientes. En cualquier caso, la teoría política rechaza cualquier manera exclusivamente científica de entender la política.

El antagonismo entre lo científico y lo no científico de nuestra disciplina no necesita tomar la forma de una batalla, tal como los biólogos no necesitan luchar con los literatos a pesar de que ambos se preocupan por la vida celular; o como los historiadores del mundo clásico no necesitan estar en guerra con los estudiosos de la literatura, los críticos de arte o los teóricos políticos a pesar de que todos podrían estudiar la antigua Atenas; al igual que los lingüistas no necesitan luchar con los estudiosos de la retórica, a pesar de que ambos se dedican a estudiar el lenguaje. Al contrario, hacer preguntas muy diferentes sobre un mismo objeto o campo puede ser tan estimulante como instructivo sobre la insuficiencia de cualquier manera particular de conocer o concebir dicho objeto o campo.

Está claro que la relación entre la teoría política y el grueso del resto de la ciencia política no es de agradable instrucción mutua, estímulo ni complementariedad. Demasiado a menudo surgen de ambos bandos ríos de condescendencia y rencor mal disimulado. Más importante aún es que la abrumadora mayoría se encuentra del lado de la ciencia, así como la abrumadora hegemonía epistémica, incluso cuando los científicos creen no estar ejerciéndola, e incluso cuando se unen a la perestroika o a grupos de métodos cualitativos. Esto significa que una situación inversa a la de Penn State es inimaginable; la teoría política no está en condiciones de abolir o absorber otras áreas de la disciplina. Dado que nuestra situación es la de una minoría vulnerable, es importante considerar lo que se perdería si el estudio no científico de la vida política desapareciera por completo o fuera subordinado a las mediciones normativas de la ciencia.

Mirémoslo desde otro ángulo. A lo largo del siglo XX, la creciente marginación y estrangulamiento de la teoría política al interior de la ciencia política surge en parte del hecho de que la teoría política estudia problemas de las ciencias sociales a través de estudios influidos por las humanidades. Esto hace de la teoría política el principal

²NdT. “Please insert page number” en el original.

puerto de entrada de las humanidades en la ciencia política: es la vía por la que la filosofía, la literatura, la antropología cultural, la historiografía y los estudios culturales se filtran en el análisis político. Al mismo tiempo, la distancia entre las humanidades y las ciencias sociales se amplía de manera constante, siendo el testimonio más claro y perverso de esto el orgullo que algunos economistas y modeladores formales sienten, con sus oficinas despojadas de libros. Cuanto más adopte la ciencia política los protocolos de la ciencia y las empresas (ampliaré esto último más adelante), más se cerrará a las humanidades. Estos protocolos son resistentes al punto de la inmunidad a las maneras de pensar de las humanidades, que incluyen el enfrentar la compleja naturaleza histórica de todas las formas de vida; una reflexión y crítica epistemológicamente sofisticadas; el reconocimiento del poder constitutivo del lenguaje; la apreciación de lo inestable, culturalmente variable e indeterminado de los términos de la vida política contemporánea, desde la violencia hasta la ciudadanía. A lo largo de los últimos cincuenta años las humanidades han ofrecido también fecundos análisis de subterráneos poderes políticos y sociales, no sólo en lo que refiere a la raza, la cultura, el género y la sexualidad, sino también al lenguaje, los cuerpos y los espacios, en definitiva poderes constitutivos a los sujetos, las identidades y los lugares a menudo tomados como a priori y unificados por la ciencia política³. Las humanidades también ofrecen técnicas de lectura e interpretación que buscan aprehender significados que quizás son conscientes o inconscientes, intencionales o inadvertidos, explícitos o rechazados: espectros que los ojos y los oídos de las ciencias sociales raramente están entrenados para ver y oír. Los estudiosos de las humanidades se han debatido también con preguntas sobre el peso y la fuerza de la historia en el presente, en las que pensar históricamente no significa meramente enumerar ejemplos, presentar narraciones de un desarrollo o desarrollar contextos, sino también comprender el poder de la historia para configurar, condicionar, escribir y constreñir los órdenes, los predicamentos y las posibilidades de la vida política. En su expresión más incisiva, la teoría política llega a retar lo que se da como epistemológica, ontológica y discursivamente dado, tanto en el presente como en el pasado. Se sumerge en poderes y significados no manifiestos, deconstruye términos y gramáticas sedimentadas y busca incoherencias, inconsistencias y exclusiones en la manera como la política es concebida y discutida. Obviamente no toda la teoría política se dedica a esto, pero sí se trata de una parte consistentemente presente en lo humanístico del campo.

Si bien estas están entre las preocupaciones y capacidades que generan el valor distintivo de la teoría política hoy, también son las razones de su creciente marginalización en la disciplina, y de la tensión entre la teoría y el resto de la ciencia política. Teóricos y científicos políticos estudian muchos de los mismos temas -desde la globalización al terrorismo, de la democracia a la soberanía- con diferentes preguntas, instrumentos de análisis, estilos, perspectivas y literaturas. Dado que estamos por fuera de la hegemonía del campo, y actuando mayormente fuera de sus reglas, somos

³Por eso Kaufman-Osborn malinterpreta una carta de protesta sobre la decisión de Penn State de dar crédito a la teoría política por traer la preocupación por la raza, el género, la sexualidad y el colonialismo a la ciencia política. El tema no es, como Kaufman-Osborn sugiere, que la teoría política tenga el monopolio sobre la preocupación por los oprimidos, sino que los modos y las herramientas de análisis que más astuta y sutilmente articulan los poderes que constituyen a estos sujetos y relaciones han surgido mayormente de las humanidades y no de las ciencias sociales.

continuamente vulnerables a ser tomados por la disciplina como irrelevantes, no rigurosos, ilegibles, insignificantes, improductivos, no vendibles o todo lo anterior. Como estudiosos del poder y la hegemonía no podemos sentirnos sorprendidos, indignados o heridos por esto, como tampoco podemos creernos que este rechazo nos unge de virtud o sagacidad. Más allá de la distancia epistémica que existe entre la teoría política y el resto del trabajo en ciencia política, no podemos esperar que los regímenes de conocimiento hegemónico dentro de los que no trabajamos y que venimos a cuestionar nos atesoren, de la misma manera que el tábano no puede esperar ser amado por el caballo. Tampoco podemos probar nuestra valía a través de nuestra marginalización, una práctica tan probada como fallida.

¿Qué alegato público y disciplinario deberíamos hacer en nuestro nombre? ¿Cómo defender un emprendimiento políglota sin naturaleza esencial ni características intrínsecas que lo protejan de la ciencia política? ¿Cómo proteger este género que no sobreviviría a una incorporación a la hegemonía, a pesar de anidar prácticas potencialmente ricas y valiosas?⁴ Este tema no se limita a la situación de la teoría política en la ciencia política. Son preguntas a menudo formuladas y mal respondidas sobre todas las humanidades y las ciencias sociales “blandas” -aquellos campos de estudio que por lo general no están protegidos por el prestigio de la ciencia ni son fácilmente mercantilizables, aplicables o convertibles en consultorías o ganancias⁵. Dada la crisis económica que acecha a las universidades americanas y su conjunción con la creciente neoliberalización de las instituciones (que incluye, entre otras cosas, el medir cada actividad de acuerdo al capital humano representado por sus participantes o consumidores), pocas veces fueron más urgentes narraciones ricas informadas por las humanidades. Cada vez somos más presionados para presentar explícitamente a nuestra “actividad” y nuestros “productos” en términos de descubrimientos o de impacto medido por su incorporación al mercado⁶. Quizás más importante aún es que implícitamente somos cada vez más juzgados por nuestra directa capacidad de aumentar el valor de nuestros estudiantes como contenedores de capital humano. Sin embargo, reconocimientos de nuestra propia valía hacen desesperada falta. Vagas apelaciones retóricas a la importancia del pensamiento crítico en la ciudadanía o al alfabetismo cultural no son suficientes, como tampoco lo son las exaltaciones a los grandes libros, las grandes tradiciones o incluso a las grandes civilizaciones (Roth 2010). Nada de esto va a evitar que el hacha presupuestal caiga sobre nosotros o que las consolidaciones o centralizaciones administrativas nos absorban o supriman. Más

⁴En este tema, Sócrates recorrió un camino derrotado en su juicio. Luego de defender breve y provocativamente la importancia política y cultural de su trabajo a los miembros no filósofos de Atenas, se retiró a hablar con sus discípulos, socavando su afirmación de que hablaba para la ciudad toda.

⁵Aquí es necesario recordar que estos dos sistemas de valor, la ciencia y el mercado, se pueden superponer pero no son idénticos, ni siquiera precisamente convergentes. No comparten ni la misma genealogía ni las mismas fuentes contemporáneas de apoyo político y cultural. Existe gran cantidad de investigaciones científicas naturales y sociales que disfrutaban de seguridad académica sin ser mercantilizables -el manto de la ciencia las protege-, así como una gran cantidad de emprendimientos académicos que no se comportan precisamente de acuerdo a los protocolos científicos, pero su posibilidad de ser mercantizados los protege. Esta separación debe ser señalada porque al decidir cómo defender nuestra valía debemos conocer precisamente qué poderes estamos transitando y evitar ver a estos poderes como monolíticos u organizados por intenciones conspiradoras conjuntas.

⁶La REF (Research Excellence Framework), que viene a reemplazar a la RAE (Research Assessment Exercises) en la evaluación de individuos, departamentos y universidades en el Reino Unido, es un ejemplo de este cambio. La mayoría de las medidas de “impacto” en la REF implican la incorporación de la investigación por parte del mercado.

bien debemos, o bien hacer nuestro alegato dentro de los discursos de la ciencia y el neoliberalismo (esencialmente lo que las cartas de Penn State intentaron hacer) o bien desarrollar una alternativa retóricamente poderosa. No rechazo de antemano la primera opción, pero soy muy recelosa de sus efectos sobre la teoría política en sí. Cuanto más intenta la teoría política comportarse de acuerdo a criterios científicos o empresariales, menos expansiva, imaginativa y democrática tiende a ser. Además, a pesar de que tanto la ciencia como el capitalismo son indudablemente aspectos de la política contemporánea, ni el léxico científico ni el del mercado son capaces de capturar la rica y única combinación de representación, acción, lenguaje y los múltiples mundos de poder que constituyen la vida política. Una segunda opción sobre cómo proceder aquí se reduce a lo que podríamos llamar el dilema de Sócrates, es decir, si concentrarse en persuadir a quienes son ajenos a la teoría política de su valor, o concentrarse en cultivar dentro de la teoría política seguidores leales y motivados. Ambos tienen su valor estratégico, pero es relevante recordar que Sócrates fue asesinado por los no teóricos, a los que no pudo persuadir, y el fenómeno de sus devotos seguidores seguramente contribuyó a este desenlace. Es más, hoy la mayoría del resentimiento popular contra los profesores universitarios “irrelevantes” o “malcriados” parece estar dirigido hacia los humanistas, e incluso muchos dentro de la universidad -científicos, cientistas sociales y profesionales de la enseñanza- parecen no estar convencidos de que una currícula que incluya a las humanidades sea esencial para la institución.

Visto esto, por una razón más práctica que principista, mi inclinación es a alejarme del *mainstream* en el tema de cómo hablamos sobre las humanidades y a volverme hacia el público en general en el tema de a quién le estamos hablando. Si mi inclinación es acertada, la tarea de los teóricos políticos es desarrollar un argumento persuasivo sobre nuestra valía que se articule con los significados, deseos y ansiedades públicos existentes, sin capitular ante sus esquemas y valoraciones normativas dominantes. La tarea es promover un conjunto de valores, en la que el pensamiento y la enseñanza humanísticos no sean un lujo, y pintar la imagen repelente, incluso peligrosa, de un mundo en el que estos han sido desterrados por la ciencia y la transformación empresarial del mundo académico. No hay nada de simple en esto: persuadir a un público no –o incluso anti– académico, de la importancia de la vida intelectual, nunca fue fácil, especialmente en los Estados Unidos. Particularmente difícil es en tiempos de escasez, intensa ansiedad sobre el futuro y creciente saturación de todos los aspectos de la vida política, social y cultural con valores neoliberales. Se trata de valores que borran explícitamente los límites de la esfera del mercado al tiempo que reducen todas las actividades humanas –desde la enseñanza y la investigación hasta la privación de libertad, desde elegir un alcalde hasta elegir una pareja– a medidas de retorno de inversiones, apreciación del capital y rangos de eficiencia⁷. Estos son los valores que por un lado reducen la cuestión de “¿Qué significado o qué valor tiene la cosa?” a “¿Qué uso tiene?”, y por otro reducen la medida del “uso” a los índices del mercado.

No tengo un modelo para el discurso alternativo, pero sí algunas corazonadas sobre qué se debería incluir y qué se debería evitar. Estoy bastante segura de que necesitamos destacar, más que ocultar, nuestra tendencia a formular grandes preguntas, quizás

⁷Sobre la neoliberalización de la vida cotidiana, incluidos el conocimiento y la escolaridad, ver Newman y Clarke 2009, Brown 2003 y 2006, Feher 2009 y Newfield 2008.

sin respuesta, a problematizar términos, explorar normas discursivas y significados, desarrollar genealogías de los dilemas y los peligros contemporáneos, a desestabilizar más que a aceptar los datos que gobiernan la vida política contemporánea. Necesitamos transmitir el valor de nuestro emprendimiento, moldeándolo públicamente de la manera más pedagógicamente enfática que podamos, explicando convincentemente a un público amplio que meterse con la naturaleza del poder, las condiciones de la democracia, las paradojas del universalismo, los peligros de la identidad y los deslizantes sentidos del pluralismo, vale la pena. Necesitamos pararnos con confianza y cierto encanto para defender la importancia de este trabajo e insistir en su contribución, por más indirecta que sea, al conocimiento y la práctica de la política. Esto significa recordarnos a nosotros mismos, a nuestros colegas de la ciencia política y al público, que las luchas sobre los significados, las normas, las historias y las interpretaciones son esenciales y no opcionales, y mucho más relevantes lo son para comprender e involucrarse en la vida política. Pero esto no equivale a decir que nuestro trabajo va a tener o debería tener una aplicación o un efecto directo. Esa manera de concebir la relación entre la vida política y la intelectual, y entre la teoría y la política, ni nos sirve ni nos va a salvar⁸. Existen necesariamente intervalos y tensiones entre la teoría y la política, y explicar estos intervalos y tensiones también es parte de lo que debemos hacer. Pero mantenernos firmes sobre el peculiar valor público y social de nuestro trabajo, tanto en el salón de clase como en nuestras investigaciones, es muy diferente de colocarnos a nosotros mismos dentro de los paradigmas dominantes de la ciencia y el neoliberalismo.

Mientras intentamos demostrar que ofrecemos un bien público, encontraremos sin duda que es necesaria una buena cantidad de mantenimiento interno. El artículo de Kaufman-Osborn deja claro que la clasificación actual al interior de la teoría política hace poco más que promover la irrelevancia de la teoría política para el conocimiento y la práctica de la política contemporánea. Ni “histórica” ni “normativa” parecen apoyarse en el presente o en el poder, y la separación de las dos parece acentuar su supuesta irrelevancia. “Histórica”, de por sí, suena a anticuado, mientras “normativa” suena a moralista o utópico; como par dividido, dejan a la teoría política respectivamente anacrónica e idealista en relación a lo Real. “Fundamentos” contribuye, en el mejor de los casos, con aburrimiento; en el peor, con incoherencia a la mezcla (¿Fundamentos de qué? ¿O para qué?). Ninguna de estas categorías da la menor pista de en qué podría contribuir la teoría política a aprehender o navegar los poderes y órdenes políticos contemporáneos. Combinados, neutralizan y marginalizan el campo, tanto ante el público como ante la ciencia política. Esta neutralización y marginación es desarrollada exitosamente, mientras “teoría política positiva” se vuelve el *nom de plume* o *nom de guerre* de la agenda imperial de la ciencia en el estudio de la política.

Sobre el tema de los nombres y las categorías, el uso intercambiable del pensamiento liberal-analítico con “teoría democrática” es tan pernicioso como la popular equivalencia entre capitalismo y democracia, tácitamente designando a todos los no liberales y/o no analíticos como no demócratas. “Nietzscheanismo” y “post-Nietzscheanismo” significa poco para todo el mundo, salvo las pocas docenas de académicos que lo practican. “Teoría política comparada” repite dolorosamente una serie de gestos civilizatorios de la guerra fría, incluido que todo lo no occidental es reducido a su valor

⁸Ver Brown 2001, 134-37 y 2005 capítulos 1 y 4.

comparativo. “Postcolonial” es un término demasiado estrecho para abarcar los diversos emprendimientos teóricos que emergen del y sobre el tercer mundo. “Teoría crítica” es otro resabio histórico ilegible para los no familiarizados con la escuela de Frankfurt. En suma, sufrimos el empobrecimiento de nuestros esquemas clasificatorios, tanto para organizarnos entre nosotros como para comunicar a los ajenos al campo qué es lo que hacemos.

Naturalmente, los nombres no son inocentes, y una vez que empezamos este tipo de trabajo de mantenimiento la necesidad de reformas internas más grandes seguramente se va a hacer visible. Estas reformas van más allá de la auto-descripción y llegan al corazón de la preocupación de Kaufman-Osborn sobre la manera como la profesionalización constriñe y deforma nuestro trabajo. Al igual que la ciencia política toda, la mayoría de la teoría política está crecientemente orientada hacia debates profesionales internos y a literaturas a menudo muy distantes del pensar sobre la vida política¹¹. Por esto, grandes cantidades de teóricos políticos se sumergen en investigaciones tan tangencialmente relacionadas con la política que somos fácilmente vistos, tanto por el resto de la disciplina como por el mundo exterior, como prescindibles ante la escasez. Ni que hablar que esta lejanía es compartida con muchos desarrollos en modelización formal, pero esa línea de trabajo, un poco como los picos más altos de la matemática, están relativamente protegidos por el manto de la ciencia. Esta realidad contrasta con la de la teoría política, en la que el esoterismo engendrado por la profesionalización nos pone en peligro más de lo que nos protege. Para ser clara, no estoy discutiendo contra el esoterismo en sí, ni estoy condenando las lecturas exhaustivas, los debates intelectuales específicos ni la preocupación por los textos canónicos. Estos son elementos constitutivos de la teoría política, incluso en los proyectos que apuntan a pensar sobre la vida política⁹. Sin embargo, no podemos apoyar nuestro mérito público o incluso disciplinar en este tipo de trabajos, ni podemos esperar ser atesorados o preservados por la disciplina, por ellos. Tampoco estoy diciendo que cada teórico político debería ser un intelectual público; ese tipo de aspiraciones de parte de los académicamente entrenados mayormente resulta en la tontería y la vergüenza. Más bien sugiero la importancia de extraer nuestros problemas de investigación de la órbita política antes que de la profesional, para que incluso nuestros necesaria y ocasionalmente deliciosos momentos de hermetismo mantengan una conexión articulable y comprensible con las aspiraciones públicas. Si las actividades que atesoramos de la teoría política van a sobrevivir a las presiones convergentes de cientifización y neoliberalización de la disciplina, no va a ser por volvernos mercantilizables, inmediatamente aplicables ni científicos, sino por haber recuperado nuestra conexión y nuestro valor para la vida pública. Esta recuperación implica adaptarse menos a la profesión que equivocadamente imaginamos que nos salvaría dándonos nuestro propio nicho académico, ya que fue precisamente esto lo

⁹Al interior de la profesión, la crítica más fuerte y legítima que se le puede hacer a una pieza de trabajo académico no es que no da cuenta adecuadamente del mundo, sino que no tiene suficientemente en cuenta la literatura profesional relevante. ¿Cuándo fue la última vez que leímos a un árbitro académico que haya juzgado a un texto como aburrido o irrelevante en lugar de juzgarlo por no citar la literatura adecuada? ¿Cuanto más dañino es para un teórico a la hora de avanzar en su carrera académica el haber ignorado el debate relevante para su subcampo que haber ignorado el debate relevante para la política? ¿O no haber formado parte de un círculo de reconocimiento profesional que no haber tratado el poder, la acción, la justicia, la ciudadanía, el peso de la historia, la verdad, los afectos u otros términos constitutivos a la vida política?

que nos llevó al punto de no poder justificar nuestros emprendimientos intelectuales ante el público, ante otros académicos de lo político e incluso ante nosotros mismos. Si someter a la vida política a un profundo y humanístico examen sigue siendo valioso, y si este trabajo sigue siendo amenazado por la cientifización de las ciencias sociales y la profesionalización de la teoría política, sólo podremos salvarnos cultivando otras orientaciones epistemológicas y estilos intelectuales. Es el momento de abandonar los trajes e inundar las calles de vida intelectual. La supervivencia de la teoría política depende de ello.

Declaración de conflictos de interés

La autora no declara ningún potencial conflicto de intereses en lo que refiere a la autoría y/o publicación de este artículo.

Financiamiento

La autora no recibió apoyo financiero por la investigación y/o autoría de este artículo.

Bibliografía

- Brown, Wendy. 2001. *Politics out of history*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Brown, Wendy. 2003. "Neoliberalism and the end of liberal democracy." *Theory and Event* 7 (1): Fall 2003.
- Brown, Wendy. 2005. *Edgework*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Feher, Michel. 2009. "Self-appreciation, or the aspirations of human capital." *Public Culture* 21:21-41.
- Kaufman-Osborn, Timothy. "Political theory as a profession." *Political Research Quarterly*.
- Newfield, Christopher. 2008. *Unmaking the public university: The forty-year assault on the middle class*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Newman, Janeth and Clarke, John. 2009. *Publics, politics and power: Remaking the public in public services*. London: Sage.
- Roth, Michael S. 2010. *Beyond critical thinking*. *Chronicle Review*. Accessed January 3, 2010, <http://chronicle.com/article/Beyond.Critical.Thinking/632288>